

Vida y labores de "Pax Romana"

En el XX aniversario de la Institución

Ponencia del Secretario Internacional de "Pax Romana",
en el Congreso de Bogotá.

Rudi SALAT

Introducción.

Celebramos hoy con humildad cristiana, pero también con alegría y gozo, el día del XX aniversario de la fundación de Pax Romana, Organización Internacional de Universitarios Católicos. Veinte años en la vida humana son poco. En los días tan fecundos del Congreso de la CÍDEC, durante la semana pasada, hemos hablado suficientemente del inmenso peligro normal de las organizaciones estudiantiles: la falta de perseverancia, de continuidad, de estabilidad. Fundar una organización, me dijo hace unos pocos días un gran educador de Colombia, no es cosa difícil. Es casi imposible asegurar la continuidad de una obra universitaria con el paso rápido de las generaciones estudiantiles, con la tendencia individualista de los intelectuales. Más de una vez Pax Romana parecía sufrir una suerte semejante, y sin embargo ella vive, y no sólo vive sino prospera, porque podemos recibir en esta hora solamente nuevas organizaciones nacionales como miembros muy bienve-

nidos, los dignos representantes de los grandes países de Argentina, de Brasil, de Costa Rica, de Cuba y Ecuador —con un cariño y un orgullo particularmente profundo— de Colombia.

El solo hecho de reunirnos en una asamblea internacional en un momento en que la noción misma de vida internacional es sinónimo de guerra, odio y destrucción mutua, reunirnos en una atmósfera de amistad, de confianza, de caridad verdaderamente cristiana, representantes de tres de las más grandes y más diferentes culturas humanas hispano-americana, norte-americana y franco-canadiense, ese hecho solo me parece una manifestación de vitalidad y de fuerza extraordinaria en estos tiempos trágicos. Comencemos, pues, esa ojeada retrospectiva con un pensamiento de gratitud humilde a Dios, quien ha bendecido esta obra durante veinte años, en una época de las más difíciles de la historia humana, y con un recuerdo conmovedor de todos los fundadores y colaboradores, amigos y protectores de Pax Romana, a los cuales debemos, después de la Divina Providencia, la existencia y el éxito de nuestra modesta obra.

En tal ojeada retrospectiva trataremos de hacer juntos en esta hora de jubileo, un viaje por países lejanos de aquí, un viaje con un guía poco competente, que no habla siquiera la lengua de sus compañeros. Una cosa externa y muy fortuita, como es mi trabajo de diez años en el secretariado mundial de Pax Romana en Friburgo, Suiza, y dos años de colaboración con la Oficina Americana de Pax Romana en Washington, me otorga el honor de acompañarles en este viaje retrospectivo, y esa meditación común de los problemas, de las lecciones, de las dificultades, de las perspectivas, de las tareas de una obra católica de colaboración internacional en estos tiempos de desintegración cultural y de renacimiento espiritual.

Definición de Pax Romana

¿Qué es, en el fondo, Pax Romana? La definición oficial nos habla de un secretariado mundial de las federaciones nacionales de universitarios y universitarias católicos. Una obra de *estudiantes* católicos, puramente estudiantil, exclusivamente estudiantil, con una predilección

por los problemas estrictamente universitarios. Una obra *católica*, lo que es más que una obra compuesta más o menos accidentalmente por católicos. Una obra totalmente al servicio de la santa Iglesia, integralmente dedicada al reino de Cristo en el mundo universitario, enteramente regida por los principios fundamentales de la doctrina, de la moral y de la disciplina católica, entusiasta, respetuosa, afectuosamente sometida a las altas autoridades eclesiásticas, a la persona augusta del Padre Santo. Una obra compuesta de *federaciones nacionales* en el sentido que Pax Romana no agrupa a estudiantes aislados, a universitarios individuales que se interesan en la colaboración internacional, sino que sus miembros son federaciones nacionales, que de su lado agrupan círculos locales compuestos de estudiantes individuales. De esa manera Pax Romana comprende al estudiantado, al mundo universitario organizado católicamente de todos los países donde hay vida universitaria católica organizada. Por lo mismo Pax Romana es la verdadera representación mundial de los universitarios católicos, porque sus federaciones nacionales constituyen, cada una en su país, la representación del estudiantado católico. Esas federaciones nacionales guardan, sin embargo, su autonomía, su independencia, sus constituciones, tradiciones, métodos, programas particulares, que corresponden a las condiciones nacionales y locales, tan diversas de un país a otro, de una ciudad universitaria a otra. Pax Romana no es una confederación con una autoridad superior sobre las federaciones afiliadas, sino un simple *Secretariado* de coordinación, un "learning-house", un centro de coordinación más bien que de dirección, un servicio más que una autoridad que —entre católicos— no puede pertenecer a otras instituciones o personas distintas a las autoridades eclesiásticas. Esa construcción orgánica de Pax Romana, abajo o arriba del estudiante individual que entra a una asociación local, la cual pertenece a una federación nacional, que de su lado está afiliada a un *secretariado internacional*, esa organización de Pax Romana es una de las razones más profundas de su buen éxito y de su existencia misma, después de diez y ocho años de "pre-guerra", o mejor de "inter-guerra", de 1921 a

1939, y de dos años de una guerra más y más mundial, dos años que no han logrado destruir a Pax Romana ni impedir su trabajo en Europa, ni detener su desarrollo en el Nuevo Mundo.

Los acontecimientos trágicos de Europa no nos permiten dar una indicación clara del número de las federaciones que todavía existen. Pero al comienzo de la guerra actual, Pax Romana contaba con federaciones en todos los países europeos, incluyendo los países de mayoría protestante u ortodoxa, de Irlanda hasta Bulgaria y Grecia, desde Finlandia hasta Portugal, con todos los países intermedios, con excepción de Suecia y Noruega (y esos dos países nórdicos han organizado ya un grupo universitario católico y expresado su intención de afiliarse a Pax Romana), con la excepción además de Alemania, donde sin embargo, Pax Romana tenía durante muchos años federaciones bien organizadas y celebró en Munich su décimo Congreso Internacional. Todos los otros países han constituido su federación universitaria católica, muchos de entre ellos con la ayuda, algunas veces decisiva, de Pax Romana misma. Poco a poco Pax Romana se hacía una obra verdaderamente *mundial* que contaba con federaciones bien organizadas, activas y afiliadas en las Indias británicas, en las Indias holandesas, en Australia, en Canadá, en los Estados Unidos de América, en Puerto Rico, México y Chile, aquí representados casi todos por los presidentes nacionales de sus federaciones universitarias católicas, y además, en Perú y Uruguay, desgraciadamente impedidos para participar en este congreso. Si recordamos que en China y Japón la organización de una federación nacional de estudiantes católicos, miembro de Pax Romana, estaba casi acabada cuando la guerra vino a interrumpir las relaciones; que las conexiones con las Islas Filipinas, con la Unión Sudamericana, con Nueva Zelanda, han progresado ya bastante para esperar su adhesión a Pax Romana en uno o dos años, que finalmente las nuevas federaciones estudiantiles católicas de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba y Ecuador nos harán el honor de afiliarse a Pax Romana hoy mismo, entonces el subtítulo de Pax Romana, Secretariado *Mundial*, no parece una falta de humildad, sino que corresponde a una realidad cada día menos imperfecta.

El sueño de Pax Romana

Antes de ser esta realidad, Pax Romana durante muchos años fue el sueño de los más generosos y más previsores de los jóvenes intelectuales católicos: encontramos las primeras indicaciones de una colaboración internacional entre estudiantes católicos desde el año 1887, entre universitarios católicos de Suiza y Francia, extendida poco después a Alemania e Italia, y eso no sólo en la forma de relaciones bilaterales, que existían en todos los tiempos, sino ya en vista de una organización permanente de unión internacional. El padre de esa idea fue un hidalgo de la Suiza católica, un noble en todos los sentidos de la palabra, el joven barón Georges de Montenach, cuyo nombre tiene fama universal, ya que él fue uno de los miembros más activos de la célebre "Unión de Friburgo", cuna de la Encíclica "Rerum Novarum", y durante muchos años un líder del movimiento católico de Europa, cuya tradición fue mantenida magníficamente por su augusta esposa, Madame la Baronesa de Montenach, Presidenta Internacional de la Obra de la Protección de las Jóvenes. El joven barón de Montenach, entonces Presidente de la Federación Suiza de Estudiantes Católicos, obtuvo la aprobación del gran Papa León XIII, de su Secretario de Estado, Cardenal Rampolla, y del Cardenal Parocchi, para la idea de una unión internacional de juventud universitaria católica. La primera reunión internacional fue organizada durante un congreso suizo, en Friburgo, en agosto de 1887, y decidió la formación de un comité central encargado de la preparación definitiva de una verdadera organización internacional.

La segunda etapa fue una peregrinación estudiantil mundial a Roma, en 1891, para conmemorar el tricentésimo aniversario de la muerte de San Luis Gonzaga y para celebrar la publicación de la "Rerum Novarum". El 30 de septiembre de ese año se reunió en Roma una Asamblea internacional de juventud católica, en la cual participaron representantes de Brasil, Chile y México, de América. Pero el día 2 de octubre se produjeron incidentes entre los delegados católicos y manifestaciones anticlericales (fue el período de las manifestaciones anti-pa-

pales, en la irritación de la famosa cuestión romana), y los peregrinos fueron obligados a dejar la ciudad de Roma inmediatamente, sin continuar y menos terminar los trabajos de la Unión Internacional, la cual, así, fue un niño muerto al nacer. Si nosotros mencionamos esa fecha y ese incidente, lo hacemos con la intención de dedicar un momento de recuerdo a los primeros defensores de la unidad universitaria católica, mártires de la gran causa de la defensa del Papa, luchadores de la época heroica de nuestro movimiento. Y como por una coincidencia providencial, el representante de América Latina, el señor Mayor, era un hijo de esa nación heroica entre todas, México, que exactamente cuarenta años más tarde toma la iniciativa de convocar la primera reunión ibero-americana de estudiantes católicos, de la cual nació, en 1933, la "Cidec". 1891 presenció los cruentos incidentes del Panteón, en Roma, y el fracaso de la Unión Internacional de la Juventud Católica. 1941 asiste al vigésimo aniversario de Pax Romana y al décimo aniversario del movimiento universitario católico iberoamericano. ¡Qué cambio, gracias a la ayuda de la Divina Providencia!

Otra peregrinación a Roma fue la ocasión de la tercera tentativa de organizar una confederación mundial de estudiantes católicos, una vez más sin buen éxito. Fue en el año santo 1900, con una peregrinación universitaria y varias sesiones de estudio. Sin entrar en el detalle de los trabajos, mencionemos el magnífico lema que Su Santidad León XIII dio a los estudiantes como base de todo movimiento universitario católico: "Firmitas fidei; castimonia morum; propositorum constantia". Firmeza de la fe; pureza de las costumbres y —no menos importante— perseverancia en las resoluciones. Esa perseverancia hacía falta a los miembros, porque ese congreso no conoció ninguna especie de continuidad, a pesar de una comisión permanente que prácticamente no trabajó.

La realización del sueño.

Se necesitaba la guerra mundial —ya que Dios puede servirse de tragedias para hacer el bien— se necesitaba el horror de la guerra para recordar a los estudiantes católicos el gran deber de fraternidad por encima de las fronteras, una fraternidad no tanto vaga y sentimental

o puramente teórica, sino más bien una fraternidad real, efectiva, viva, una solidaridad de vida universitaria católica. Los estudiantes católicos de los tres grandes países neutrales durante la última guerra, España, Holanda y Suiza, eran los primeros en comprender toda la tragedia de la separación de los jóvenes católicos de los países beligerantes y tomaron la iniciativa de convocar un congreso internacional de estudiantes católicos en Friburgo, Suiza, durante los últimos días de julio de 1921, exactamente hace veinte años. Veintitrés naciones fueron representadas, incluyendo delegados de todos los países beligerantes: Francia, Alemania, Inglaterra, Austria, Italia etc., en una atmósfera por cierto difícil, ya que muchos delegados, unos pocos meses antes, fueron soldados y oficiales en la guerra, pero con un sentimiento de responsabilidad y de catolicidad tanto más sólido cuanto que estaba despojado de sentimentalidad superficial y humanista.

Los preparativos habían comenzado inmediatamente después de la guerra, en invierno de 1919, con la colaboración de un joven seminarista, el R. P. Tschour, hoy párroco en el simpático principado de Liechtenstein; del R. P. Gremaud, quien durante la guerra fue uno de los animadores y organizadores de la famosa obra de ayuda a los prisioneros católicos del mundo entero, conocida con el nombre de la "Mission Catholique Suisse, d'aide aux prisonniers de la guerre"; del barón de Montenach, quien vio así la realización de su sueño, y especialmente del gran obispo de Friburgo, Excelentísimo Sr. Marius Besson, Presidente de honor de Pax Romana desde 1921 hasta hoy.

Por intermedio del Excelentísimo señor Nuncio Apostólico en Suiza, entonces Monseñor Maglione, hoy Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad, el Vaticano y el Padre Santo personalmente se habían dignado asegurar al comité de organización la viva simpatía, el interés y la aprobación de las más altas autoridades eclesiásticas para la nueva fundación. En ese momento el colaborador inmediato del Señor Nuncio en Suiza fue el Excelentísimo Monseñor Carlos Serena, en el cual Pax Romana saluda respetuosamente, no sólo al dignísimo representante del Padre Santo, sino además a un amigo

de nuestro movimiento, quien acompañó nuestra obra en los primeros pasos tan difíciles de la niñez. Un proverbio dice que los amigos desde la niñez son los más fieles.

Mencionemos igualmente que al primer congreso de la fundación de Pax Romana asistieron delegados de los Estados Unidos de América y de Argentina, quienes representaron simbólicamente a América del Norte y del Sur, hoy tan poderosa y dignamente representadas en Pax Romana por grandes organizaciones universitarias católicas.

La primera etapa de Pax Romana.

Los primeros años de Pax Romana fueron esencialmente una reacción cristiana contra el espíritu de odio, de hostilidad, de desconfianza, de falta de caridad, que caracterizó no sólo los años trágicos de la guerra mundial, sino también los primeros años de lo que los franceses llaman tan bien la "apres-guerre". El trabajo se limitó principalmente a organizar el intercambio de informaciones sobre los diversos países separados por cuatro años de destrucción y de odio recíproco, y el conocimiento mutuo entre los miembros de Pax Romana, al mismo tiempo que elaborar el detalle de la organización, de los estatutos etc. El intercambio de publicaciones, viajes por diversos países, cambio de estudiantes, publicación de una revista de información, son características para el primer periodo de Pax Romana, sin olvidar una magnífica obra de caridad realizada por los estudiantes, especialmente de Suiza, Holanda, Inglaterra y España, en favor de sus compañeros de Alemania, Austria, Polonia y Hungría, quienes sufrieron particularmente las consecuencias económicas de la guerra. Esa obra de caridad, el conocimiento recíproco de las juventudes de las diversas naciones y además estudios sobre la vida internacional, sus instituciones, sus problemas, han contribuido poderosamente a crear entre los jóvenes intelectuales católicos de Europa una comprensión más profunda de la necesidad de colaboración internacional y una buena voluntad para servir la idea de la paz, por encima de las dificultades y oposiciones nacionales reales o artificiales.

Esa época de acercamiento en Pax Romana, que corresponde en parte a las tendencias del "rapprochement" en la vida política de Europa, está caracterizada por la organización del congreso anual en países que habían sufrido particularmente por la guerra, como Austria y Hungría, o que eran casi totalmente desconocidos de la mayoría de los estudiantes de los países occidentales, como Polonia, o que representaban a las grandes naciones beligerantes de la última conflagración mundial, como Italia, Gran Bretaña, Alemania y Francia. Semanas de estudio fueron organizadas para reunir estudiantes de países separados por diferencias de cultura u oposiciones tradicionales o dificultades en el campo trágico de las minorías nacionales, por ejemplo entre estudiantes franceses y alemanes, entre jóvenes intelectuales de Austria, Checoslovaquia, Hungría etc. En una de las primeras semanas de estudio, algunos meses después de la fundación de Pax Romana, participó un joven estudiante italiano, entusiasta de esa obra de fraternidad cristiana deseoso de colaborar en la curación de las heridas graves que la guerra había hecho al Cuerpo Místico del Señor; joven que nosotros podremos venerar pronto, si Dios y la santa Iglesia lo permiten, como el primer estudiante beatificado de los tiempos modernos, Pier Giorgio Frassati.

Obra orgánica de paz.

"Nadie niega la importancia de todo esfuerzo de conocimiento mutuo, de acercamiento entre jóvenes de diversos países para la causa de la paz internacional. Como intelectuales católicos no podemos exagerar la importancia de ideas sanas que deberían regir la vida internacional para reconstruir un mundo nuevo sobre bases más sólidas. Pero ambas actividades: el conocimiento mutuo entre diversas naciones y el conocimiento teórico de los principios cristianos del orden internacional, no garantizan automáticamente la paz. Los movimientos internacionales innumerables que habían esperado la paz como un regalo de la naturaleza humana, del progreso automático o de la Divina Providencia, si sólo algunos hombres estudian problemas internacionales, organizan

congresos mundiales e instituciones burocráticas internacionales y viajan de un país al otro como embajadores de buena voluntad, esos movimientos internacionales han pagado carísimo su optimismo superficial y su humanitarismo irrealista. El conocimiento teórico no es una garantía automática de la realización de los principios estudiados en la vida concreta, especialmente en la vida tan complicada del orden —o el desorden— internacional. Y el hecho de conocerse mejor no significa sólo una estimación mayor, una comprensión más honda, una facilidad más grande de vivir en paz. Hay aquí errores fundamentales de sicología humana que crean sólo ilusiones peligrosas. Así, por ejemplo, la idea tan propagada, pero superficial, de que el mundo debería conocer una época de paz porque todos los países y aun los continentes están mucho más cercanos gracias a las enormes facilidades de viaje. Pero en el fondo es mucho más fácil vivir en paz cuando se está separado por grandes distancias que cuando demasiado cerca. ¿No es verdad que algunas veces la paz más difícil es la paz dentro de la misma familia? ¿Y que una amistad por distancia es más fácil de mantener que una amistad de vida común? El conocimiento recíproco es una cosa magnífica, pero se extiende fatalmente al conocimiento de los vicios de carácter como de las cualidades.

No es este el momento para entretenernos en los problemas teóricos de la psicología de los pueblos y de los métodos de verdadera colaboración internacional. Lo que nos interesa ahora es el hecho de que los dirigentes de Pax Romana se daban cuenta de la insuficiencia de los estudios sociológicos en materia internacional y de los métodos secularistas de acercamiento entre las naciones por simples viajes de simpatía y un conocimiento superficial del carácter de otras naciones. Colaboración internacional es algo esencialmente diferente de la amistad; vivir en armonía con otros es más que una sola cuestión de instituciones —las cuales son indispensables a toda sociedad, incluso a la sociedad internacional, pero no serían más que burocracias artificiales, si ellas no estuvieran hondamente impregnadas de un espíritu—; la ciencia de los principios de la vida internacional no sirve de nada sin la conciencia del deber moral de aplicarlos, lo que es una cosa extrema-

damente difícil en el campo de las pasiones nacionales y de la vida internacional, de la cual las ideas cristianas de justicia y de caridad están casi totalmente ausentes desde muchos siglos, pues reina en general un egoísmo colectivo totalmente pagano, entre los católicos no menos que entre personas que profesan públicamente una filosofía materialista y por consiguiente tienen la ventaja moral de ser lógicos. Lo que no puede decirse de los cristianos que se dedican a un hipernacionalismo extremo y a la deificación de su nación; el orden internacional depende mucho más de la conversión de los hombres que de un saber más profundo sobre el orden internacional o de nuevos tratados entre los pueblos. La mejor garantía para asegurar la paz es establecer el respeto a los derechos de Dios, de los hombres y de las naciones, fomentar el desarrollo de una verdadera cultura cristiana en todos los países, formar una nueva generación de dirigentes íntegramente cristianos.

La paz será el resultado de todos esos esfuerzos de conversión personal y colectiva, de formación de una conciencia clara en materia internacional, de busca de justicia y caridad en las relaciones internacionales; será, en una palabra, un "by-product", una consecuencia que no se puede buscar directamente sin tomar en cuenta todas las premisas, la grande idea de San Agustín, magníficamente expresada en su definición clásica de la paz: "Pax tranquillitas ordinis". Cuántos hombres, cuántas organizaciones han tratado de instaurar el orden, muchas veces sin saber lo que es el orden, cuyo resultado será la paz.

La segunda etapa de Pax Romana.

Cada año más los dirigentes de Pax Romana se daban cuenta de tratar de promover la paz por medios exclusivamente técnicos, como la visita de otros países, el intercambio de estudiantes, el estudio de problemas internacionales etc. Cada año más Pax Romana comprendió que su misión propia, precisamente en el campo internacional, no era organizar una obra internacional para católicos con medios seculares y humanistas, sino hacer una obra verdaderamente católica, constructiva, orgánica, profunda de paz.

Una tal obra cristiana de paz, según las ideas que acabo de formular sobre la base verdadera del orden internacional, significa para una organización universitaria un esfuerzo metódico, enérgico, de colaborar en la formación de una *élite* católica en todos los países, en la formación de una juventud intelectual integralmente ganada a la idea del apostolado cristiano en su propio ambiente universitario y profesional, pero también en la vida pública nacional e internacional.

No puede ser la responsabilidad de una organización internacional intervenir en los trabajos de diversos países y de ciudades universitarias para tratar de formar esa nueva generación totalmente cristiana. Obras de formación y de educación son por definición obras de una comunidad estrecha: la familia, la clase de escuela, la iglesia parroquial, el círculo de amigos, el grupo local de estudiantes católicos. Este grupo local es la verdadera célula de formación, tanto más cuanto que en muchos países la Universidad laica no tiene la intención ni los medios para ocuparse de la formación de sus alumnos, estando todo su trabajo limitado a la pura información científica en vez de la formación humana. No hay expresión más característica para esa situación que la palabra un poco paradójica de un amigo, quien define la misión educativa del grupo de estudiantes cristianos en una universidad laica, en la forma siguiente: "El grupo es una verdadera universidad al lado de una universidad que no es universidad".

No es el momento de hablar minuciosamente de la misión trascendental del movimiento universitario católico, especialmente de la Acción Católica Universitaria para la formación de una nueva generación dirigente cristiana, activa, intrépida, integral. Basta decir que en muchos países, el renacimiento católico vino esencialmente, algunas veces exclusivamente, del movimiento del estudiantado católico. Hay ejemplos magníficos en Portugal, en Francia, en países nuevos de Europa oriental, y más cerca en algunas naciones de América Latina.

Por esa misma razón Pax Romana no puede hacer una contribución más orgánica y más valiosa al orden social e internacional que colaborar a la fundación del movimiento universitario católico en los nu-

merosos países donde no existía, especialmente en los países nuevos o de minoría católica, y en las otras naciones ya favorecidas por organizaciones universitarias católicas, contribuir al desarrollo de esas organizaciones.

Los medios de trabajo de Pax Romana.

¿Y cuáles son los medios que usa Pax Romana para contribuir a la fundación o al perfeccionamiento del movimiento universitario católico? ¿Directivas de unificación? No, porque no hay métodos invariablemente aplicables a todos los países, y si los hubiera, Pax Romana, como Secretariado de coordinación, no tendría la autoridad de imponerlos. No; el método de influir sobre el movimiento estudiantil es verdaderamente internacional y bien adaptado a la psicología de la juventud intelectual: el intercambio de ideas y de experiencias prácticas, el conotagio del buen ejemplo, la coordinación de los trabajos hechos en los varios países, el estudio en común de los problemas graves que se presentan a la Acción Católica Universitaria para la preparación religiosa, filosófica, sociológica, apostólica del estudiante católico para su cultura general, su iniciación profesional y miles cuestiones de la vida universitaria católica.

Ese intercambio de ideas y experiencias se hace en numerosas formas concretas, de las cuales me permito citar brevemente las siguientes:

El *Congreso Anual* de Pax Romana, que reúne a los dirigentes y militantes de las federaciones nacionales para el estudio de un tema central de interés vital para el universitario. Por ejemplo, en los últimos congresos: la Acción Católica Universitaria; la lucha contra la influencia del comunismo en la vida universitaria; el problema de la desocupación de tantos jóvenes intelectuales; el estudiante católico en frente de la prensa, del cinema, de la radio etc. Algunas veces un número más selecto de dirigentes nacionales participan en una *Semana de Estudio* dedicada a un problema especial de la vida universitaria. En el intervalo un *periódico mensual*, publicado en tres lenguas, lleva a centenares de organizaciones católicas noticias concretas sobre los

trabajos, congresos, proyectos de todas las otras federaciones, con un gran número de sugerencias concretas tomadas de la vida práctica. Igualmente en el intervalo entre dos congresos, Pax Romana actúa esencialmente por intermedio del *Secretariado general* que trabaja en Friburgo desde hace veinte años. No tengo aquí el número exacto de la correspondencia de los últimos años, sino únicamente la estadística del año 1937/38, en el cual el centro internacional de Pax Romana sostuvo una correspondencia de 3.630 cartas personales, sin contar las *circulares* que casi todos los meses traen a los colaboradores de Pax Romana informes, indicaciones concretas, planes de estudio, noticias un poco más íntimas etc. Para asegurar el trabajo más práctico posible, el Secretariado general está asistido por *Subsecretariados especializados* para estudiantes en derecho, en medicina, en literatura, en biología, para cuestiones de la prensa universitaria (que edita una tarjeta de prensa en colaboración con la Sociedad de las Naciones), de la Iglesia Oriental, de las misiones, de obras sociales y finalmente para los problemas especiales que se presentan a la mujer universitaria. Desde hace dos años esa división del organismo central de Pax Romana en Subsecretariados especializados ha sido completada por una descentralización geográfica, en el sentido de que una oficina especial actúa en Washington para los Estados Unidos y Canadá, mientras esperamos terminar esta Convención Inter-americana de Pax Romana con la fundación de una Oficina Ibero-Americana de Pax Romana que será un lazo más con la Confederación Ibero-Americana de Estudiantes Católicos. La subdivisión en materias diversas y en regiones culturales es sintomático para la voluntad de Pax Romana de organizar su trabajo fuera de toda ideología, de toda especulación, en contacto estrecho con las realidades vivas de la vida universitaria católica, tan diferente según los continentes.

Debemos, por fin, mencionar una forma particularmente efectiva de intercambio de experiencias: los estudiantes extranjeros. Muchas veces ellos están aislados, sin verdadero contacto con la cultura, sobre todo la cultura católica del país que les recibe. En muchos casos Pax Romana actuaba un poco como la federación nacional de esos estudian-

tes extranjeros, particularmente en el sentido de ponerlos en relación con los estudiantes nacionales indígenas y de esa manera hacer de ellos los mejores embajadores del intercambio de experiencias. En muchas ciudades europeas existieron, hasta la nueva guerra, círculos especiales para estudiantes extranjeros con un éxito verdaderamente trascendental. Mencionemos de paso que Pax Romana es la única organización que publica una guía a través de todas las universidades europeas.

Pax Romana al servicio de la unidad.

En todo este trabajo de intercambio de experiencias, la finalidad directa es, como ya hemos visto, promover el desarrollo del movimiento universitario católico. Pero el mismo trabajo tiene una finalidad remota, una preocupación constante de una de las grandes ideas de la cristiandad: la unidad del estudiantado católico del mundo. Una vez más debemos resistir a la tentación de tratar un tema general, y al mismo tiempo crucial de los católicos: la falta de unidad. Tenemos, por supuesto, la unidad de la fe y la adhesión común de todos nosotros a la Jerarquía. Hay además la unión de la liturgia. Pero falta casi completamente la unidad de acción, que en el fondo es la más urgentemente necesaria, ya que la sola fe y la disciplina común no garantizan la realización de la doctrina de Cristo, realización únicamente posible con la colaboración de todos.

Ese problema de la unidad efectiva de los católicos merece una atención especial, que el Padre Santo actual nos recomienda en casi todos sus documentos y discursos, cuyo lema es la idea central de solidaridad cristiana. ¡Pero una solidaridad efectiva, una solidaridad orgánica! Es ocioso discutir sobre la cuestión de si la guerra actual habría podido impedirse si hubiera existido una solidaridad más profunda entre los cristianos de los diversos países, o bien si los veinte años de 1918 a 38 hubieran sido totalmente diferentes si los católicos hubieran dado el buen ejemplo de solidaridad, de justicia y de caridad. Son cuestiones académicas, ya que todo ha cambiado, excepto el manda-

miento de solidaridad y de unidad cristiana, la cual será la única fuerza orgánica para garantizar un mejor porvenir a las naciones y al orden internacional.

Esa unidad y esa solidaridad no nacen con la infancia, no se enseñan en las universidades, no se adquieren automáticamente con la edad; al contrario, se necesita una escuela viviente de la solidaridad católica, fuera de los libros y abstracciones, en medio de las dificultades de la vida, con toda la vitalidad de un movimiento fraternal. Pax Romana para los universitarios católicos es precisamente la alta escuela de la solidaridad cristiana universal, el último curso, el curso práctico, con la participación efectiva de estudiantes de todas partes del globo. No es fácil calcular la importancia trascendental de esa enseñanza práctica de una de las verdades fundamentales del cristianismo por el porvenir de la Iglesia y de la humanidad.

Pax Romana, la representación del movimiento universitario católico.

Esa unidad efectiva que los universitarios católicos se han creado en Pax Romana permite a nuestra organización actuar en un campo enormemente importante, pero desgraciadamente descuidado: la representación católica en el terreno internacional. Hay organizaciones internacionales para estudiantes protestantes, judíos, socialistas etc. Hay organismos oficiales de vida universitaria internacional donde la voz católica auténtica no habría sido oída sin la intervención de Pax Romana, que en muchas reuniones internacionales ha defendido el punto de vista de la Iglesia en cuestiones sobre reforma de la enseñanza universitaria, del concepto de la universidad, en general, que ha luchado en reuniones y congresos por el reconocimiento de la importancia de la religión en la vida estudiantil, en el sentido universitario; que ha contribuido poderosamente a hacer conocer por dentro los ambientes oficiales, tal como el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, y en los ambientes no católicos el trabajo magnífico del movimiento universitario católico del mundo entero. Cuántas veces los no católicos se

imaginan que las federaciones universitarias católicas no hacen sino recitar oraciones, sin darse cuenta que en muchos campos —por ejemplo en el de la formación profesional, del intercambio de estudiantes, de publicaciones estudiantiles etc.— nosotros los católicos hemos hecho más que ningún movimiento semejante no-católico. El siglo XX necesita nuevas fórmulas apologéticas. La representación modesta, sincera pero leal del movimiento universitario católico en ambientes oficiales, semioficiales y no-católicos, corresponde al deber fundamental de la apologética moderna: estar presente en todos los campos de actividad seria, con el apoyo de la gran unidad católica.

Pax Romana, una obra de caridad.

Si Pax Romana se esfuerza por servir la idea de la unidad católica, ella no podría obtener un resultado verdaderamente positivo sin la virtud esencialmente unificadora: la caridad. Hemos hablado de la organización oficial de Pax Romana, de su construcción, sus actividades, hechos que se pueden medir en el espacio y en el tiempo. Pero en el fondo Pax Romana es un gran proyecto de realizar el mandamiento fundamental cristiano de la caridad en todas las naciones, de extender la caridad al confín del mundo mismo, sin limitación ninguna, excepto la restricción orgánica del terreno que es el campo de la vida universitaria. Ampliar los horizontes de caridad de Cristo Jesús es la misión más bella de Pax Romana, es también el campo en el cual ella ha logrado los triunfos más emocionantes de toda su actividad.

Hemos ya mencionado la obra de caridad organizada por Pax Romana inmediatamente después de la guerra mundial en favor de los estudiantes pobres de Europa central. Hace cinco años el Secretariado general llamó a todos los miembros a contribuir con su parte para la reconstrucción de la vida universitaria católica de la heroica España y organizó la colección de libros, de dinero, de becas para estudiantes españoles etc. Esta obra fue interrumpida por la nueva catástrofe de la guerra, la cual, sin embargo, dio lugar a las manifestaciones más conmovedoras de caridad cristiana. Me limito a citar tres ejemplos característicos que son la mejor prueba de la realidad viviente de Pax Ro-

mana: el primero ha sido vivido por varios delegados de ambas Américas en la hora patética del comienzo de la guerra, durante el tercer día del décimo-octavo congreso mundial de Pax Romana en Washington, en la mañana del primero de septiembre de 1939. La trágica noticia llegó durante la santa misa del primer viernes. Cuando el secretario general de Pax Romana, un admirable sacerdote suizo, Abbé Gremaud, la anunció a los congresistas perplejos, la delegación polaca al congreso propuso un día de adoración del Santísimo Sacramento y se ofreció para comenzar el ciclo en la primera hora de oración. Inmediatamente el presidente de la delegación alemana se levantó para "pedir el honor de compartir esa hora de adoración y de oración", fueron sus palabras, "con nuestros hermanos polacos". Así, en la misma hora en la cual se inició la lucha mortífera entre Alemania y Polonia, estudiantes de los dos países estaban reunidos en una oración común, de caridad y de paz, en la cripta del Santuario Nacional de la Santísima Virgen, en la magnífica capital de los Estados Unidos.

A algunos pasos de este Santuario se halla, en un edificio de la Universidad Católica de los Estados Unidos, la Oficina Americana de Pax Romana. Esa oficina ha visto, durante los dos últimos años, un trabajo heroico, hecho sobre todo por dos delegados, el R. P. William Ferre y el señor Edward J. Kirchner, con la colaboración de un amigo canadiense, el señor Samuel Gagné, un trabajo de caridad en favor de los universitarios católicos víctimas de la guerra. Miles de dólares fueron reunidos en muchas universidades de los Estados Unidos en Canadá, también en algunos países europeos, en gran parte con sacrificios personales de los estudiantes, quienes renunciaron a excursiones, a manjares etc. para dedicar el dinero a esta obra de ayuda a las víctimas de la guerra. Con este dinero el Secretariado de Friburgo está realizando una de las obras más bellas de caridad cristiana en los campos de prisioneros, en los campos de concentración, para estudiantes refugiados, por medio de paquetes de correspondencia, de libros enviados, de cursos universitarios organizados, de vida religiosa desarrollada. Dentro de algunos días Pax Romana publicará un informe pormenorizado sobre esa obra, con conmovedoras cartas recibidas

de los estudiantes prisioneros, los documentos más patéticos que en mi vida de contactos y viajes internacionales me ha sido permitido leer.

Y el último ejemplo, mucho más personal, pero no menos emocionante: es una escena del fin del congreso de Washington, Nueva York, en el momento de la salida del último barco para Europa. Un colaborador dirigente de Pax Romana se despidió de sus compañeros de trabajo. En el último momento tomó una cruz y la dio a uno de los amigos que se quedaron en los Estados Unidos, con estas palabras: "Esa cruz es mi tesoro más sagrado. No sé si llegaré vivo a mi país, ni si veré a mis padres, si algo me sucede. Y si mis padres mueren en la guerra, entonces usted guardará la cruz como símbolo de nuestra profunda amistad y de la unidad íntima que nos reúne, como un recuerdo de nuestra colaboración, una ayuda moral para usted, un signo de la caridad cristiana que triunfa de todo". Y esto no fue cosa ligera, porque el estudiante que salía para Europa era polaco y el otro alemán, reunidos hoy y siempre por esa cruz, símbolo de la caridad viviente de la nueva generación universitaria católica del mundo. Esa caridad también es la realidad de Pax Romana.

Los muertos.

La misma caridad de Pax Romana me obliga en esta hora solemne del vigésimo aniversario, a dedicar un pensamiento de fraternidad a vosotros, caros amigos, héroes del deber, quienes habéis sacrificado vuestra vida en esa lucha fratricida. En mi espíritu os veo, tú André y tú Rudolf y tú George y tantos otros. Hace algunos años departimos las alegrías de los congresos de Pax Romana, hemos rogado y trabajado juntos para preparar un mundo mejor. Hoy yacéis en la tierra empapada por vuestra sangre. No veréis el día de la nueva paz ni las obras de acción católica universitaria a las cuales sacrificasteis tanta labor. Nosotros os echamos de menos como amigos, como colaboradores. Pero sabed que continuamos vuestra obra. Vosotros sois los jefes más competentes, más grandes en nuestra obra, un modelo inmortal, una exhortación permanente a ser dignos de vosotros, a trabajar más y mejor que antes, a transmitir vuestro legado a las generaciones futuras.

La misión eternal de Pax Romana.

¿Y cuál es vuestro legado? Si yo interpreto bien vuestro ideal, del cual hemos hablado tanto, vosotros habéis muerto para una grande idea: la nueva cristiandad. El cristianismo es eterno, inmutable, invariable. La cristiandad es cada día, cada generación, una tarea nueva. Nosotros tenemos que edificar una nueva cristiandad sobre las ruinas del mundo secularizado que se destruye; sobre la sangre de nuestros compañeros de Europa que mueren en esa lucha trágica para que nosotros podamos vivir y trabajar; sobre la idea fundamental de la paternidad de Dios y de la fraternidad de todos los hombres. Pax Romana en esa obra gigantesca de reconstrucción de una nueva cristiandad, no es sino una cosa muy pequeña, humilde, modesta. Pero para ustedes, estudiantes católicos del mundo entero, Pax Romana puede ser, debe ser la *prefiguración de esa nueva cristiandad*, una obra de verdadera catolicidad, de solidaridad, de caridad, su obra, su misión, su responsabilidad, su triunfo.

América en Pax Romana.

La gracia de Dios me ha permitido vivir los últimos doce años de Pax Romana en colaboración íntima con sus dirigentes, con casi todos los países que la componen. Más de una vez he visto claramente la intervención de la Divina Providencia en una obra que el gran Cardenal Falhaber, de Munich, llamó una obra verdaderamente providencial y divina. Para mí no cabe duda de que no hay casualidad en el hecho de no poder celebrar este aniversario en Friburgo, la cuna de Pax Romana, sino aquí, en el Nuevo Mundo, en una de las capitales más gloriosas de América Latina. Es una indicación providencial: el porvenir de Pax Romana, de la cristiandad en general, está por una gran parte en las manos de ustedes, amigos americanos. Las seis semanas pasadas en Bogotá y Medellín; los días magníficos del congreso de la CIDEA; el ambiente tan simpático de ayer en la Asamblea de Pax Romana, con delegaciones tan fervorosas de América del Norte, Central y del Sur,

la entrada en Pax Romana, en algunos minutos, de los amigos de seis grandes países de América Latina, que tienen una misión especial en la Iglesia; la fundación de la Federación Nacional de Estudiantes Católicos de Colombia como el más joven y más querido miembro de la gran familia de Pax Romana, todo eso me da, nos da a nosotros, los viejos de Pax Romana, la garantía de que una nueva generación tomará la bandera de la santa caridad cristiana para seguir a su gran caudillo, la Santidad de Pio XII, gloriosamente reinante.

Pax Romana tenía el proyecto de celebrar el día de hoy en Roma, al pie del Padre Santo. La Providencia Divina no lo ha permitido. Para todos, particularmente para nosotros que hemos visto a Roma, que nos hemos hincado de rodillas ante el Papa, que hemos oído de su boca las palabras de confianza en Pax Romana y en la misión trascendental de ambas Américas en ella, no hay sacrificio más grande en el día de hoy que renunciar a la peregrinación romana. Que Dios se digne aceptar ese sacrificio para su gloria y para la bendición de nuestra obra. Al Padre Santo enviamos un mensaje de nuestro amor filial, de nuestra admiración sin límites, de nuestra obediencia total, de nuestra promesa de colaboración entusiasta, de nuestra lealtad filial, y le imploramos que bendiga nuestros esfuerzos, modestos, humildes, pero sinceros, para que la juventud universitaria del mundo entero pueda cumplir su grandiosa misión al servicio del reino de Dios.

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA).